

Caín y Abel en la literatura

Segovia Machado, Norma Lucía

2015-03-20

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/758>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Norma Lucía Segovia Machado

Doctora en Filología Romántica por la Universidad de Madrid, España. Doctora en Letras Modernas por la UA Ciudad de México. Es docente en la UA Puebla desde 1989 donde también ha ocupado puestos de coordinación en licenciatura y posgrado. Ha publicado diversos artículos en revistas y periódicos de la localidad.

FOTOGRAFÍA: FREEPIXELS.COM



Caín y Abel

en la literatura



Tal vez el título sea un lugar común. Lo terrible es la vigencia que tiene. La humanidad lleva muchos siglos caminando en el planeta y siempre hay un hermano débil y otro que se aprovecha de él. La literatura, que dice lo que imaginamos todos y lo que ni nos animamos a pensar, recoge ese lugar común “una y otra vez, una y otra vez”, parafraseando a Rulfo. Y en textos de Rulfo quiero centrarme. Creo que en la síntesis narrativa que hace de la vida mexicana (y universal) está reunido todo el pesar y el dolor del universo, aunque haya “alumnos Ibero” que opinen que “para qué leer a Rulfo, que es una literatura de nacos”. Me avergüenzo de ellos y me mueven a la compasión más honda. Y pienso: “pobres tontos ignorantes, ni saben lo que se pierden”. Lástima que perdamos el tiempo en formarlos todavía y, seguramente, sacarán un título que colgarán en la oficina de “Papi”. Sí, pobres chicos, tan descerebrados y sin pizca de discernimiento. Además de Rulfo, me interesan los Caínes y Abeles que pululan en los textos de Piglia, Bolaño y Vargas Llosa. ¿Y quiénes son éstos? Otros, cuya literatura también es sobre y para nacos: todos nosotros que nos metemos en sus textos como nos sumergimos en los sueños o en las profundidades de las sábanas para hacer el amor o

nos zambullimos en la ola alguna mañana calurosa. Con ese placer y ese ímpetu es que buceamos en sus textos.

La trata de personas, el secuestro, la violencia verbal o física y todo cuanto se hace para destruir al otro, son acciones de Caín que mata a Abel. Los textos del mexicano, el argentino, el chileno y el peruano expresan el “luto humano” (Revueltas) de la lucha del hombre contra el hombre (o niño o mujer). Y duele leerlos. Y de golpe botamos el libro lejos y dejamos que se nos serene el alma y se nos sequen los ojos para poder seguir leyendo. Pero no podemos abandonarlo. Y regresamos a seguir sufriendo. ¿Cuál es el imán que nos pega a ellos? ¿El estilo? ¿El contenido? ¿O el descubrimiento de nuestros dolores y pesares, espejados en el texto, al ir asomándonos a los propios símbolos? ¿O es que nos hacemos solidarios con esa humanidad violada y escarnecida una y mil veces? Es un poco de todo. Y no es que nos guste sufrir. Es que nos deleitamos con esos mundos rulfianos, pliguanos, bolañoscos o vargaslloseanos y nos identificamos. Ésta es la clave. La revelación profunda de lo que llevamos dentro, dicho con tanta galanura y cinismo: El cinismo siempre atrapa, seduce, compromete.

Hay un cuento de Rulfo extremadamente complejo en su estructura y muy complicado para ordenar la lógica del contenido. Me refiero a “El hombre” uno de los dieciséis de *El llano en llamas*. Es como un laberinto argumental y temático, en el que las voces se confunden y uno no sabe a ciencia cierta quién persigue a quién, quién dice qué y de quién es la venganza mayor. Y, sobre todo, quién empezó ésta. El “No debí matarlos a todos” (37) es la frase que resuena desde siempre cada vez que se recuerda a Rulfo. Es, tal vez, lo que piensa todo asesino o secuestrador o violador cuando toma conciencia de lo que acaba de hacer: “No debí...”. Para mí, ésa es la clave del gran drama del ser humano: El enfrentarse a la propia culpa. Según Paul Ricoeur: “[...] El mundo de la mancha engloba en su esfera de impureza las consecuencias de los actos y de los acontecimientos impuros; paso a paso, llega un momento en que no queda nada que no pueda catalogarse como puro o impuro; [...]” (191). Entonces, la culpa ¿es por las consecuencias que puedan tener los propios actos? ¿No por el peso de la mancha en sí? Escuchemos a Rulfo una vez más cuando el perseguido reflexiona sobre el multihomicidio que acaba de cometer:

No debí matarlos a todos –iba pensando el hombre–.

No valía la pena echarme ese tercio tan pesado en mi espalda. Los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno. Debía de haberlos tantaleado de uno por uno hasta dar con él; lo hubiera conocido por el bigote; aunque estaba oscuro hubiera sabido dónde pegarle antes que se levantara... Después de todo, así estuvo mejor. Nadie los llorará y yo viviré en paz. La cosa es encontrar el paso para irme de aquí antes que me agarre la noche. [41]

¡Qué terrible! “Los muertos pesan más que los vivos”, aquí está la raíz de la culpa. El cinismo es tal que “nada puede catalogarse como puro o impuro”. Desde el estudio ricoeuriano se descubren las entrañas de la cloaca de la conciencia humana. Por la vigencia de “lo cloacal” a nivel social se genera la más espantosa impunidad. Los que

pagan las condenas son los débiles. Los ricos y los poderosos se pasean sonrientes sin conocer ni la cárcel, y me atrevería a afirmar, casi segura de no equivocarme, sin el dolor por la mancha. De la misma manera, en Piglia, en su última obra publicada, *Blanco nocturno*, aparece ese olvido total del peso de la culpa. El crimen del que habla la novela tiene peso social porque se comete contra un norteamericano: “Un yanqui que no parecía un yanqui pero era un yanqui” (16). El problema es que ese yanqui es un ciudadano de raza negra, nacido en Puerto Rico. Entonces, las implicaciones del crimen son complejas. Tony Durán se codea con las clases altas de un pueblo rabón, perdido en la provincia de Buenos Aires, lo que moldea la contextualización del relato de una manera especial, que no tiene nada que ver con la moral y las buenas costumbres de toda sociedad civilizada. Aquí es “no importa quién lo hizo, sino quién lo paga”. Y lo “paga” un débil, otro desposeído, que no tiene padrinos. Igual que en el relato de Rulfo mencionado arriba. Además del hilo conductor de la violencia, demostrada con infinidad de aristas, “Someter, colonizar, dominar, avasallar: he aquí actos reflejos ante el Otro que no han cesado de repetirse

a lo largo de la historia del mundo.” (Kapusinski, 42), en los cuatro relatos campea el denominador común: la impunidad. Por otra parte, el ritmo de esta auténtica novela policíaca es tan intenso que uno no puede dejar de leerla

hasta que la acaba. El tono, sí, es tan cínico como en el cuento de Rulfo. No hay sorpresas discursivas, el texto cae suavemente, aunque los hechos son terribles. Medio en broma, medio en serio, el argentino Ricardo Piglia deconstruye una realidad de los bajos fondos del alma humana con recursos similares a “la desconfiada

inteligencia de Borges” (Jason Wilson, “The Independent”).

Algo parecido sucede con *2666* del chileno Roberto Bolaño. Me interesa centrarme en el penúltimo capítulo, “La parte de los crímenes”, que trata sobre las muertas en Santa Teresa, aunque todos sabemos que el referente son los feminicidios de Ciudad Juárez. Hay que recordar que esta novela publicada *postmortem* iba a ser cinco libros, pero los herederos de Bolaño decidieron publicar los textos como parte de una sola novela y la titularon con un número: 2666. Este título sirve de “signo gancho”, desde la óptica barthiana. Ignacio Echavarría apunta en la “Nota a la primera edición” que este número es una fecha que ya aparece en *Amuleto*, anterior publicación de Bolaño. La protagonista de esta novela, Auxilio Lacouture, al seguir a unos poetas llega “a un cementerio de 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato”. En los papeles póstumos de Bolaño hay muchas alusiones para titular los cinco relatos de esa manera y Echavarría obedece las directivas del amigo. Con demoledora claridad, Bolaño comunica al lector el hallazgo de 105 cuerpos de mujeres asesinadas, violadas vaginal o analmente, torturadas en ese lugar fantasmagórico. Y los cadáveres son encontrados en diversas situaciones y con terribles “marcas”:

[...] Dos días después de aparecer el cuerpo de la primera víctima de agosto fue encontrado el cuerpo de Emilia Escalante Sanjuán, de treintatres años, con profusión de hematomas en el tórax y el cuello. [...] El informe del forense dictamina que la causa de la muerte es estrangulamiento, después de haber sido violada innumerables veces. [...] Una semana después apareció el cuerpo de Estrella Ruiz Sandoval, de diecisiete años, en la carretera a Casas Negras. Había sido violada y estrangulada. [...]

Un día después de ser hallado el cadáver de Estrella Ruiz Sandoval se

encontró el cuerpo de Mónica Posadas, de veinte años, en el baldío cercano a la calle Amistad, en la colonia La Preciada. Según el forense, Mónica había sido violada anal y vaginalmente, aunque también le encontraron restos de semen en la garganta, lo que contribuyó a que se hablara en los círculos policiales de una violación “por los tres conductos” (Bolaño, 576-577).

El texto continúa con la enumeración de los cadáveres y las diferentes maneras de asesinatos usados. Es una crónica tal de la impunidad y el terror que abrumba su lectura, pero uno continúa con ésta no sé si en actitud masoquista o tratando de tener una experiencia estética a partir del horror cuajado. Claramente puede catalogarse esta obra de Roberto Bolaño como una de las capitales de la literatura latinoamericana del siglo XXI. En medio de todo ello, uno descubre en el autor un desesperado sentimiento de compasión por ese Otro tan vejado incontables veces. Es “El otro Dios, en comparación, el que no es estadísticamente comprobable y que sólo aparece como hecho consumado de la humanidad, es una protesta contra Auschwitz. Y este Dios aparece en el rostro del otro”. (Levinas, 104). Precisamente: en los incontables rostros de los cadáveres de seres humanos escarnecidos, aparece el rostro de Dios. Auschwitz tiene un increíble poder de reproducción en cualquier lugar del planeta.

Por otra parte, el peruano Mario Vargas Llosa, en su última novela publicada, *El sueño del celta*, presenta otra historia de la impunidad y el terror durante los diversos colonialismos que ha sufrido la humanidad, con el pretexto de llevar la civilización a los pueblos de territorios recién descubiertos. La violencia del ideal civilizatorio siempre se justifica porque los anhelos de mejora parecieran estar presentes y por encima de los “terribles salvajes”. Baste una muestra desde la voz del autor:

–¿Alguna vez tuvo usted que matar indios en el ejercicio de sus funciones?

Roger vio que los ojos del barbadense lo miraban y se escabullían y volvían a mirarlo.

–Formaba parte del trabajo –admitió encogiéndose de hombros–[...] En el Putumayo corre mucha sangre. La gente termina por acostumbrarse. Allá la vida es matar y morir. [162]

El protagonista de la novela es un irlandés que va descubriendo la crueldad inconmensurable del ser humano en las diferentes responsabilidades diplomáticas que tiene a lo largo de su vida. La trata de personas, en el Perú de principios del siglo XX o en el Congo Belga, no dista mucho en características a la que se practica en pleno siglo XXI:

–Usted ha oído hablar de las famosas “carrerías” –añadió el agustino–. Esos asaltos a las aldeas indígenas para capturar recolectores. Los asaltantes no sólo se roban a los hombres. También a los niños y a las niñas. Para venderlos aquí. A veces los llevan hasta Manaos, donde, al parecer, obtienen mejor precio. En Iquitos, una familia compra una sirvientita por veinte o treinta soles a lo más. Todas tienen una, dos, cinco

sirvientitas. Esclavas, en realidad. Trabajando día y noche, durmiendo con los animales, recibiendo palizas por cualquier motivo, además, claro, de servir para la iniciación sexual de los hijos de la familia. [176]

Después del exiguo recorrido por estos cuatro textos de la literatura latinoamericana contemporánea, no puedo menos que refrendar que, para desgracia de la humanidad, Caín sigue asesinando impunemente a Abel. La violencia institucional, apañada por el doble discurso oficial, reproduce una y otra vez el monstruoso crimen. No importa si las acciones son el secuestro, la trata de personas, el robo, el fraude, el adulterio, la violación. Lo terrible es que Caín parece una hidra de mil cabezas y que a cada machetazo le salen otras mil. La denuncia de esto que está en los textos analizados a vuelo de pájaro, sirva de instrumento mediático para que, en la búsqueda de la experiencia estética, el lector sacuda su molicie y haga algo por estos Cristos que se reproducen en cada crimen impune.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl M., *Yo también soy*. (Fragmentos sobre el otro), México, Taurus, 2000.
Bolaño, Roberto, *2666*. Barcelona, Anagrama, 2008.
Kapusinski, Ryszard, *Encuentro con el Otro*, Barcelona, Anagrama, 2009.
Levinas, Emmanuel, *La huella del otro*. México, Taurus, 2000.
Piglia, Ricardo, *Blanco nocturno*, Barcelona, Anagrama, 2010.
Ricoeur, Paul, *Finitud y culpabilidad*, Buenos Aires, Taurus, 1991.
Rulfo, Juan, *El llano en llamas*, México, FCE, 1984.
Vargas Llosa, Mario, *El sueño del celta*, México, Alfaguara, 2010.